

Una Navidad demasiado dulce



Texto: Anna Espinach

Ilustraciones: David Carretero

A mediados de diciembre, el padre de Isaac compra una caja con ocho barras de turrón de Jijona.

Empiezan la primera barra el día 25, el día de Navidad, de postre después de la comida. Por San Esteban, que tienen invitados, se comen tres. Y así hasta que se acaban, que suele ser el domingo después del día de Reyes. En casa de Isaac, los turrones funcionan así desde hace muchos años y nunca nadie se había quejado. Nunca, hasta hoy. Porque este año Isaac se ha dado cuenta de que en casa de los demás hay mucho más que solo ocho barras de turrón de Jijona.

En casa de la mayoría de amigos de Isaac, habitualmente y aún más durante las fiestas, había montones de dulces: bolas de chocolate que cuelgan de las ramas del árbol de Navidad, toneladas de golosinas, galletas y *panettones* por doquier que tomaban desde el desayuno hasta después de cenar. Dulces en todas partes: en la tele, en las tiendas, en el quiosco, en las vallas publicitarias... ¡No os podéis ni imaginar cómo le gustan a Isaac! Ante las quejas de Isaac, sus padres le explicaron que el hecho de que todo el mundo se harte de azúcar no significa que ellos también tengan que hacerlo, porque consumir demasiado azúcar no es muy saludable. Pero Isaac tiene siete años y hay ciertas cosas que no las acaba de comprender. Él solo sabe que cuando ve una golosina empieza a salivar; él comería chocolate a todas horas... "¡Qué más da lo que digan mis padres!" Piensa... Este año, Isaac ha decidido declarar la guerra a la Navidad saludable de siempre. "¡Qué guerra más divertida!", piensa él.

Aparte de goloso, Isaac es muy listo. Vive en un pueblo, y conoce bien las tiendas y los tenderos. Por eso sabía que si iba a hacer los encargos para su madre, tendría recompensas: una piruleta en la charcutería, golosinas varias con el cambio del pan, una bolsa de ganchitos (salados, pero que llevan más azúcar de lo que nadie se piensa) para ir a comprar la leche. Incluso cuando iba a la mercería a comprar bragas para la abuela sacaba algo de provecho -¡y dulce claro!-.

Isaac estaba tan emocionado con lo que le daban a cambio de los encargos que se convirtió en el recadero de todos los vecinos de la calle. Por si fuera poco, decidió que durante aquellas vacaciones iría cada tarde a jugar en casa de un amigo diferente... ¡y tenía muchos amigos! Así, las tardes también se convirtieron en monográficos de dulzura: el chocolate con churros que les hacía la madre de Martina, la tarta con Coca-Cola en casa de Martín, los polvorones en casa del Pepe ... y así, hasta la Noche de Reyes.

Los padres de Isaac no sospechaban que el niño llevara aquel ritmo, y él cada vez quería más. ¡Más azúcar! Lo que Isaac no notaba -pero los otros sí- era que comer tanto de azúcar también tenía consecuencias: por la noche, el ánimo le cambiaba como cambia de rumbo el viento, tan pronto saltaba y reía como un tonto como se le giraba el mal humor. Se sentía cansado, de repente, y se le pasaban las ganas de jugar. Se levantaba pensando en los caramelos que se comería, y cuando ya se había comido tres o cuatro estaba nervioso por conseguir un puñado más. Pero fue la Noche de Reyes, tras la cabalgata, cuando todo se precipitó.



Isaac llevaba tantos días almacenando azúcar dentro de su cuerpo que la sangre que le corría por las venas ya parecía Fanta de naranja. Había comenzado a resfriarse y tenía un poco de dolor de cabeza, pero nada le impediría cargar con el saco de los caramelos que tiraban los Reyes desde sus carrozas. De cada tres caramelos que metía en la bolsa, uno se lo comía con ansia, mordisqueándolo y tragándoselo para poder comer más y más.

Aquella noche, cuando llegó a casa, Isaac vomitó más de lo que recordaba haber vomitado nunca. Su madre le hizo un zumo de limón y lo acostó en la cama, y cuando parecía que todo volvía a su lugar, su vientre comenzó a sonar como un gaita. Isaac se pasó buena parte de la noche sentado en la taza del inodoro, con unas diarreas más que terribles. ¿Pero sabéis que era lo peor de todo? Que los Reyes de Oriente, si los niños no duermen, pasan de largo. Isaac esto lo sabía y, desde el lavabo, se lamentaba. La guerra que Isaac había comenzado con aquella alegría había terminado mal. Había terminado con un empacho de campeonato. Sentado en el inodoro, triste y abrazado a su madre, Isaac finalmente se durmió.

Al día siguiente, se despertó en su cama, no muy temprano. No osaba levantarse e ir al comedor porque su intuición le decía que solo encontraría la comida que había dejado para los Reyes, los pajes y los camellos la noche antes. Finalmente, curioseado, se levantó. Y no, su intuición no había fallado: ningún regalo a la vista. Los turrones, frutos secos, moscatel y zanahorias seguían como los había dejado la noche antes, intactos encima de la mesa. Entonces oyó la voz de su padre, que lo llamaba desde el balcón. No entendía muy bien qué le decía, y a decir verdad, le daba un poco igual.

Tenía demasiado trabajo en maldecir todos los caramelos, chocolate con bizcochos y galletas de jengibre del mundo entero. Si no se hubiera hartado de aquella manera no habría pasado la noche sentado en el inodoro y los Reyes no habrían pasado de largo. Y mientras pensaba en todo esto, su padre entró el balcón... ¡y llevaba un paquete envuelto en sus manos! Isaac abrió mucho los ojos. Un paquete envuelto que llevaba un cartelito ¡con su nombre escrito! “¡Mira Isaac! ¡El balcón está lleno de regalos!”. Así pues... ¿no habían pasado de largo? No, a pesar de todo, los Reyes no habían pasado de largo.



Después de abrir los regalos, llegó la familia, los abuelos, los tíos, los primos y alguna vecina. Los niños se mostraban los nuevos juguetes y todo el mundo estaba de muy buen humor. A la hora de comer, Isaac tuvo que comer arroz hervido con ajo y jengibre, porque la barriga aún no estaba del todo bien, y una manzana de postre, mientras el resto de los comensales ultimaban la penúltima barra de turrón de Jijona que quedaba en la caja.

Pero a Isaac, le daba igual: tenía las dos juguetes que había pedido en la carta y toda la familia a su alrededor, ante ello, ¡todos los dulces del mundo se quedaban cortos!

Fin



*La guía de la salud y el
bienestar para tus hijos*



Los cuentos de la abuela es una recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.



SJJD

Sant Joan de Déu
Barcelona · Hospital